

Jean Francois PERRIN y Philip STEWART, eds., *Du genre libertin au XVIII siècle*. Paris, Desjonquères, 2004. 340 pp.

Gracias a los auspicios del Centre National du Livre, este volumen publica los trabajos de veintidós especialistas de varios países (Alemania, Australia, Bélgica, Canadá, Estados Unidos y Francia) que abordan, desde perspectivas distintas, el tema de la literatura libertina francesa del siglo XVIII. Entre sus colaboradores más destacados sobresalen nombres de la talla de Michel Delon, Jean Goldzink, Valérie van Crugten-André, Paul Wald Lasowski, Henri Coulet y muchos otros que revisan la noción del libertinismo o libertinaje circunscrito al siglo XVIII y en particular a la novela. Cada uno de ellos se auxilia de una serie de parámetros teóricos y cronológicos para explicar las razones que justifican o invalidan una aproximación a los diferentes textos que conforman el vasto corpus de novelas catalogadas dentro de esta categoría.

Las veintidós participaciones se agrupan en función de seis grandes problemas, a saber: el corpus, la tipología, la recepción, las filiaciones históricas, el intertexto y la metaficción. Éstas, a su vez, quedan integradas dentro de tres ejes temáticos, en cada uno de los cuales se explican problemas relativos a la definición, a la modelización y por último a la correlación.

La primera parte expone cuestiones de orden tipológico, lo que conlleva forzosamente a precisar nociones tales como: “literatura libertina”, “género libertino”, así como la definición de “literatura pornográfica/obscena”. El primer bloque permite elucidar los complejos mecanismos de la psicología del héroe libertino que contrasta fuertemente con la simpleza hedonista de los protagonistas de novelas pornográficas. De la misma forma destaca la presencia de una elaboración narrativa que no puede compararse con la reiterada exhibición de escenas sexuales de los libros que en la época se conocían como “infames”. Peter Cryle, por ejemplo, habla de una disciplina estética que puede aplicarse a un gran número de novelas llamadas libertinas. Para este crítico tales textos siempre obedecen a dos reglas básicas: “la première est de refuser toute grossièreté, la deuxième est de ne pas proclamer ce refus à haute voix. Car la légèreté, par définition, ne peut pas se permettre d’insister” (33).

Otra de las preocupaciones referidas en los textos es la cronología. Éste es uno de los aspectos que se comenta y aclara a lo largo de varios de los estudios. Jean Goldzink revisa

los antecedentes inmediatos del libertinismo o libertinaje dieciochesco. Así, establece una clara diferencia entre el tipo de discurso que tiene prelación en cada época. Durante el siglo XVII, el filosófico, y en el XVIII, el narrativo. Esto facilita la identificación de la literatura libertina, pues hasta antes del siglo que nos ocupa, es decir, a lo largo del Renacimiento y del Clasicismo, el término se utilizó para designar una producción literaria multiforme que sólo tenía como característica común la de ser subversiva.

Entre una gran parte de los colaboradores se hace visible un cierto consenso al considerar que con Crébillon nace la novela libertina y que su ocaso podría situarse con Sade. Para ellos, el Marqués no inventa nada pues se limita a replantear lo que Crébillon, Duclos y Laclos habían hecho anteriormente. Sin embargo, su particularidad estriba en llevar todo a un cierto paroxismo que Michel Delon resume diciendo que, con Sade, “la narration débordé toute forme préétablie, tout code limitatif, emporte les trois éléments: [...] l’élitisme social, l’analyse morale et le raffinement stylistique, qui sont remplacés par la morale des plus fort, la dissertation matérialiste et la bariolisation des discours” (46). De allí que Philip Stewart afirme que “les héros de Sade sont plus bavards que désirants” (88).

Otro de los aspectos que se analizan son los rasgos comunes observados en el conjunto de obras llamadas libertinas. Pierre Hartmann ilustra con una serie de ejemplos la reiterada estructura textual marcada por una incesante alternancia de narración novelesca y discursos filosóficos o naturalistas. Además, una gran mayoría de novelas se presentan como obras seudodidácticas, cuya finalidad consiste en iniciar a un personaje sin experiencia en un mundo desconocido (la sexualidad), criticando de manera sesgada el gran abismo que hay entre la educación de la época, sustentada en una moral represiva que niega los impulsos y las necesidades físicas de todo ser humano.

Así se conforman textos modélicos que se engloban en dos categorías propias de la época: “L’ordure” y “le gazé”, términos que equivaldrían a lo que hoy en día distinguimos como “pornográfico” para el primero y “erótico” para el segundo. Cabría únicamente integrar dentro de los modelos, los retratos de seducción que obedecen a cierto estereotipo y las novelas escritas por mujeres que incorporan, como advierte Valérie van Crugten-André, la confesión libertina y feminista (105).

La última parte del volumen contrasta una serie de obras que complementan la novela libertina. Entre éstas podrían mencionarse el cuento y la novela morales, las memorias o las autobiografías. Marie-Françoise Luna explica la dinámica de textos autobiográficos como el de Casanova y el de Rétif de la Bretonne que se escriben copiando estrategias y procedimientos propios de la novela libertina, como sería el empleo de la perífrasis o el uso del latín, para evitar la censura y crear una cierta complicidad con el lector. Además, Luna destaca la figura de Jean-Jacques Rousseau, quien insiste, a lo largo de su obra, en integrar la reflexión y la historia de su personalidad dentro del texto (259). Esta técnica será retomada por varios memorialistas que revisan su vida, justificando así una serie de actos reprobables de su pasado.

En suma, el conjunto de estudios, reunidos en este volumen, tiene el gran mérito de responder a una serie de interrogantes sobre este fenómeno literario inserto a su vez

dentro de un fenómeno social más amplio, marcado por una censura menos cautelosa o represiva. Por otra parte, se establecen criterios más claros para determinar los rasgos y límites de la literatura libertina y la propiamente obscena o pornográfica, gracias a una preocupación por parte de los novelistas por “gazer l’ordure”, es decir, recurrir a una escritura elíptica, más sugestiva que descriptiva. Así de esta forma, cada colaboración hace posible un trazado, a pesar de múltiples impedimentos, de una historia del género, de su evolución, recepción y, de alguna forma, su poética.

Claudia RUIZ GARCÍA